

LECTURAS

Los enemigos de clase

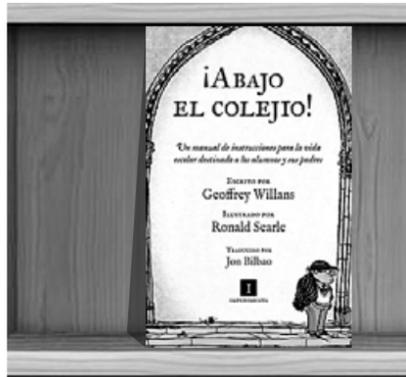
¡Abajo el colejo!, la escuela en tiempos muy lejanos y la añoranza de las faltosadas inocentes de los alumnos



FRANCISCO GARCÍA
PÉREZ

Willans a la máquina de escribir y Searle a la lámina de dibujo (no importa el orden de autoría) crearon en 1953 el prototipo de lo que entonces era un escolar gamberro en Inglaterra: Molesworth llamaron a la criatura, un chiquillo que tiene claros cuáles son sus enemigos de clase (de verdad, nunca mejor dicho: de clase como aula y de clase también como estrato social): «empollones, chibatos, directores, criquet, havusones, padres, profesores...» No hay errata en lo que acabo de entremillar: el chaval no es que cometa faltas de ortografía, es que apenas escribe según las normas, véase el propio título del libro, con esa jota juanramoniana con que tan bien atina el asturiano Jon Bilbao en la traducción o reformulación de *Down with skool!* El personaje tuvo gran éxito, encabezó una tetralogía y su aspecto pequeñajo, rizosillo, pecoso, con gorra, chaqueta y jersé del imaginario Colegio San Custodio, atento a no dar golpe en el aula y formar lío ha pasado en el imaginario colectivo a ser el prototipo del alumno discolo, como se le llamaba, pues hoy sería «alumno disruptivo» o quién sabe qué memez inventada por la nueva palabrería de la tribu pedagógica, de los profesores de los profesores, del enseñar a enseñar y demás zarandajas posmodernas.

A los malos del libro (los profes sobre todo, claro) los dibuja Searle delgadísimos (¿fámélicos?) y zancudos como buitres, calvos por lo general, llenos de arrugas, acabados. Es decir, como un niño de los 50 del XX los veía. Son tipos que pegan collejas y reglazos, presumen, son ingenuos a causa de la vanidad necia que los ciega, cortos de entendederas, apegados al rollo que sueltan. Veamos a los de Latín: «Si



¡Abajo el colejo!
GEOFFREY WILLANS / RONALD SEARLE
Editorial Impedimenta, 2012
112 págs.

Molesworth encabezó una tetralogía y su aspecto pequeñajo, rizosillo, atento a no dar golpe en el aula, ha pasado al imaginario colectivo como el prototipo del alumno discolo

por suerte consigues mantenerte despierto en clase descubres que todas las cosas que se cuentan en latín pasaron hace tope supertope de tiempo. Por eso los profesores están siempre encorvados y decrepitos y hojerosos». ¿Matemáticas? Tras reproducir un galimatías ecuacional, el niño narrador Moles-

worth reflexiona: «Eso es a lo que se dedican los profesores de matemáticas y he splica por qué son tan hestirados hestricitos y terroríficos». ¿Historia? «Parecéis pálido molesworth. ¿Acaso padecéis vuestra merced algún sufrimiento? Adelante, muchacho, compartid con nosotros la causa que os aflige. (Nota: Todos los profesores de historia hablan en antiguo)». ¿Religión? «La religión es supertope por que en la biblia siempre están haciendo las cosas sangrientas que nos gustan tanto. Abrahan intentó matar a su hijo pequeño Isaac quemándolo en una fogata. Lo habría echo y lo habría echo bien si no hubiera perdido la serenidad». ¿Asignaturas ya desaparecidas?: «La cultura jeneral es todo lo que no se da en latín geografía argebra geometría frances historia etcetera. Parece que no pero la cultura jeneral inclulle tantas cosas que es imposible que te caba en la cabeza».

Enfrente, sus discípulos holgazanean, preparan trastadas, urden trucos para librarse de las clases... todo, repito, de lo que quedó en el cliché de lo que era un colegio de pago (ojo, no es la escuela pública rural de la España del hambre la parodiada en el libro: Gran Bretaña, clase pudiente). Así pues, los motivos para leer y disfrutar ¡Abajo el colejo!: darse una buena dosis de carcajadas; recordar (los adultos muy adultos) tiempos escolares que fueron (o que uno recuerda que así fueron); seguir el finísimo trazo de los dibujos o caricaturas (y rastrear influencias de Searle en tiras y viñetas actuales); añorar (los profes de hoy) que las faltosadas alumnales de ahora no revistan la inocencia de aquellas; hacerse cruces (los alumnos de hoy) al conocer lo que el concepto «gamberro» significó en lo que para ellos es la prehistoria, sin duda; entrenarse en la visión del «otro», del que no relata la Historia sino que la sufre. Además, por sabido se calla, de lo muy bien que van a pasarlo los aguerridos defensores de la no ortografía.

es la luz secreta y misteriosa dentro de una carpa en la que científicos dilucidan si lo mató algo más que la tristeza, entiendes que la soledad de hombre que no volvió a Cautín, su pueblo, estaba oculta bajo los sargazos de sus colecciones; él simulaba mirar lo que venía en las manos innumerables del océano («tablones carcomidos, bolas de vidrio verde o flotadores de corcho, fragmentos de botella ennoblecidos por el oleaje, detritus de cangrejos, caracolas, lapas, objetos devorados, envejecidos por la presión y la insistencia»), pero en realidad lo que aguardaba en algún instante de ese regocijo que le procuraba el mar era la noticia de la inmortalidad.

Esperando esa noticia se cubrió de objetos. Es inevitable, en Isla Negra, ir olvidando tanto recodo, tanta cama marina, tanta mesa de luces, tanta hojarasca, para buscar al fin al hombre que ha de morir. Él creía (como Rafael Alberti) que vivir eternamente consistía en seguir hablando, conversando con el mar o con los hombres, esperar que una dama de blanco y en volandas se lo llevara a otro sitio, donde la conversación fluyera como el regocijo de un niño.

Él lo decía, morirá cantando. En ese libro en el que resume lo que le venía del mar (*Una casa en la arena*, Lumen, 1966, fotos de Sergio Larraín) está pletórico, co-

Certificar la crueldad con que la dictadura le tachó la alegría es una tarea que honra a los hombres y a la ciencia

mo si volviera a *Los versos del Capitán*, alrededor la inmortalidad pervive; sin embargo, años más tarde, en 1973 y hasta ahora mismo, a esa casa la convirtieron en un velero triste. Ya la proa, la popa, el casco mismo han recibido los embates que el mismo fotógrafo Larraín y también el fotógrafo Luis Poirot (*Retratar la ausencia*, Comunidad de Madrid, 1987) plasmaron más tarde: Neruda yendo o viniendo al océano, apoyado en el bastón y también en la tierra, como si aquel barco que él fue se estuviera hundiendo ante su propia vista. Ya el océano era una sombra de su despedida, él viajaba como hacia sí mismo, ni rastro ya de entusiasmo en su pelea.

Murió de tristeza, se dijo entonces, se dice ahora mientras rebuscan los científicos los restos que hablan ante el estímulo de las agujas. Lo envenenaron, quizá; en

estos días en que la carpa luminosa sustituye al oleaje que él amó, en medio de la superficie que llenó de ruido para escuchar mejor su silencio, los doctores aspiran a que Neruda, ese cuerpo, les cuente de veras qué pasó, hasta donde entró el hacha del odio, si es que fue así, cómo fue que aquel hombre que aspiraba a morir cantando se fuera tan triste a esa tumba en la que ahora rebuscan su penúltima pena.

Los miro hacer desde la distancia. Vuelvo a la casa en Isla Negra. «Cada uno envejece a su manera y el ancla se sostiene en la soledad como en su nave, con dignidad. Apenas si se le va notando en los brazos el hierro deshojado». Hasta donde penetró la navaja no se sabe, y parece que no importa demasiado. Certificar la crueldad con que la dictadura le tachó la alegría es una tarea que honra a los hombres y a la ciencia, pero aquella ignominia ya no tiene ni siquiera el remedio del olvido. «En el invierno el viento del mar desata furia, sal, espuma de las grandes olas, y la naturaleza aparece acongojada, víctima de una fuerza terrible».

Acaso esta investigación calme la furia del viento del mar, la ignominiosa noticia de que al poeta lo mataron con los hachazos tristes del odio, y que un puñal venenoso fue el último eslabón de su martirio. Y si el poeta se hubiera ido andando.

«Mi nombre es Garbanzo Díaz»

Bautizar con un nombre o con una ocurrencia



FÉLIX F. MÉNDEZ

Lo juro por Newton, esto oí al otro lado de la línea en boca de un telecomercial que luego quiso venderme el paraíso parcelado en megas. No estuve por la labor siquiera de concentrarme en lo que me decía. Creo que eran miles de mensajes gratis, una perla de cocido, cientos de minutos a hijos... ¿Garbanzo Díaz?... whatsapp...

—No me interesa, señor Garbanzo —digo.

—¿Con quién/qué hablas? —dice la dueña de mi gato.

—Con Garbanzo —contesto.

Ella y el gato me miran raro y siguen a sus cosas. Que baje Dalí y lo pinte.

El episodio me dejó desazonado. Pero también me animó a documentarme e investigar. Vale, sí, a buscar en Google. Es alucinante la elección que unos padres pueden hacer llegando el momento de poner nombre a su bebé. En cierta comarca venezolana suman más de cien las personas que se llaman Supermán o Batman. Visto desde España el cromatismo onomástico sudamericano es como para que las cejas se te vayan a la coronilla. Tutankamen del Sol, se llama un colombiano; Jhonny Walker un paraguayo. Aparte, ni que decir tiene, van los apellidos: hay una Disney Landia Coito Rodríguez.

Ya se va notando: la sombra de Norteamérica es alargada. ¿Se imaginan llamarse Air Jordan García Pérez? Pues los apellidos son prestados, pero el nombre no, existe y alguien carga con, o presume de, él. Hace años el finado democrático venezolano Hugo Chávez no vio otra que promulgar una ley para prohibir estos desmanes que amenazaban la esencia patria. Divertidos sí que son. ¿Que anoche estuvo guapa la película de la tele?, le espetamos al niño el nombre del velero que salía. Que no fuese velero sino acorazado y que lo que se leía en su costado no era exactamente el nombre del navío son detalles menores: Usnavy le vamos a poner, hermoso y sonoro, (US Navy). Como Yesaidú (Yes, I do), igualmente existente. Y Madeinusa (Made in USA), y Guarisdá (What is that).

En ocasiones la fuente de inspiración es harto más elevada: Darwin Lenin se llama un sujeto. En otras cavernaría: se cuentan por docenas los individuos que tienen, no por apellido, no, por nombre, Hitler (y de entre ellos, varios Adolfo Hitler). Y están los padres a los que he de presuponer sentido del humor (o inoportuno percañe étlico). ¿O qué, si llamas a tu niña Selamira? E incluso, pasando a mayores: Areopajita. Hay ocasiones para la épica: un señor, imagino que hoy cuarentón, responde al increíble nombre de Apolo Tres. Y hasta me parecen bien comparados con este otro: Meningitis. No sé qué pensar de éste: Lexotanil, o muy agradecidos estaban los padres a tan afamado ansiolítico, o puestos de él hasta el colodrillo.

Están también las ocurrencias pintorescas, como la de juntar la primera sílaba del nombre paterno con la primera del materno, y puede funcionar si el resultado lo estampas en la viserilla de un camión, pero ¿en una partida de nacimiento?: Johenry (Josefina y Henry) o Ligimat (Ligia y Mateo). Mira que idea tan buena para Piqué y Shakira: Pisha, qué arte. Y están, para ir acabando, los inabordables misterios del razonar humano: que haya una niña que se llame Válvula es para coger la lista de Mandamientos y tachar el que dice «honrarás a tu padre y a tu madre» (o ése o el quinto). Etcétera, no lo creerán, pero también es un nombre.